LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 14 DE OCTUBRE DE 1889 — NÚM. 407

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LAS DOS COQUETAS, cuadro de E. Lancerotto

Mucho se ha escrito y discutido sobre la coquetería; quién la considera defecto, quién la tiene por gracia; opinan muchos que la mujer nace, creen no pocos que se hace coqueta. Nosotros estimamos que todos tienen razón, según el punto de vista en que cada cual se coloque y según cómo á cada uno le haya ido en la feria.

¿Qué duda tiene que, generalmente hablando, la coquetería es antipática? ¿quién negará que por punto general el mundo hace coquetas á las que la naturaleza hizo prudentes y comedidas? Y sin embargo, contemplando la linda pintura de Lancerotto se comprenderá que estas reglas tienen sus excepciones. Las dos muchachas del cuadro no han aprendido á coquetear en una sociedad en donde reinan la mentira, la farsa y la hipocresía; son hijas del pueblo y en la franqueza y ruda sinceridad de éste se han criado y educado, y esto no obstante son coquetas, lo cual significa que tienen la coquetería en la masa de la sangre. Pero ¿no es verdad que la expresión de sus caras denota que su coquetería es de todo punto inofensiva y que el día en que se decidan á querer de veras á un hombre se le entregarán tan por entero que no tendrán una mirada, un pensamiento, un deseo que no sea para él, para él solo?

Quizás se nos tache de optimistas, mas si de tal pecamos, cúlpese al notable pintor italiano que nos ha presentado á las dos coquetas tan simpáticas, que pareciéndonos imposible sea la coquetería en ellas un veneno nos complacemos en imaginar que es tan sólo un estimulante, un amargo aperitivo.

EL MINUÉ, cuadro de Luis Jiménez

¡Oh tempora, oh mores! exclamarían sin duda los personajes del cuadro de Luis Jiménez si vieran á lo que ha venido á parar en nuestros días la noble y discreta diversión de la danza. ¿Hemos ganado ó hemos perdido en la transformación? Si oímos á las personas mayores, nos convenceremos de que la formalidad y hasta la moral han perdido no poco con la sustitución de las ceremoniosas figuras, de los saludos á honesta distancia del aristocrático minué por las vertiginosas volteretas y los contactos poco convenientes de la infernal polca ó del bullicioso vals. Pero consultemos á renglón seguido á la gente moza y al punto quedaremos persuadidos de que á cambio de esos males (no tantos ni tan graves como los viejos suponen) el baile moderno ha traído inmensos beneficios desde el punto de vista de la intimidad de las relaciones sociales y aun de las afecciones amorosas.

¿Quién tiene razón? En nuestro concepto, los de la generación moderna ya que, en nuestro sentir, la sociedad actual no es ni más ni menos desmoralizada que la de otros tiempos. Han cambiado las formas, pero el fondo es el mismo; los modos de expresión podrán ser distintos, pero los deseos, los apetitos y los vicios son idénticos. Hoy las inocentes niñas se arrojan en brazos de sus galanes para perderse entre las demás parejas que en revuelto torbellino saltan y brincan en salones espléndidamente iluminados; quizás ayer aprovechaban el honesto apretón de manos del minué para deslizar el venenoso billete en que se concertaba la fuga entre las sombras de la noche.

No creemos pecar de exagerados si decimos que *El Minué* de Luis Jiménez – de este insigne paisano nuestro que en la Exposición Universal de París acaba de obtener por su hermoso cuadro *En la sala del hospital* el único gran premio de honor concedido á los pintores españoles – es una obra bien pensada, mejor compuesta y no menos bien ejecutada. El lugar de la escena tiene sabor local y nos transporta á uno de estos elegantes patios de las casas andaluzas que el artista ha embellecido con toda suerte de preciosos detalles: en cuanto á los personajes, el pintor ha estado tan feliz en ellos que al contemplarlos y al pensar en lo que dirían aquellos rostros graves si hoy vivieran, se nos han ocurrido casi involuntariamente las anteriores consideraciones.

LOS FUMADORES, cuadro de C. Hartmann

Después de un frugal almuerzo, han encendido los tres pilluelos sendos cigarros que con fruición aspiran contemplando los caprichosos dibujos que traza el humo y, levantando, quizás, al compás de éste sus pensamientos á regiones elevadas. La poco recomendable facha de los tales personajes hace suponer que no cuentan sólo con el trabajo y con los honrados propósitos para llegar á la meta de sus deseos ambiciosos; algo habrán oído, tal vez, de esas eternas predicaciones contra los ricos, de esas furibundas catilinarias contra los burgueses, de esos tremebundos ataques contra los detentadores del



LAS DOS COQUETAS, cuadro de E. Lancerotto
Primera Exposición anual de obras de arte de todas las naciones Munich, 1889

capital y sus ilusiones infantiles les presentarán como cosa muy fácil y de muy pronta realización ese reparto de bienes, esa liquidación magna de todas las riquezas del universo, en que creen muchos infelices soñadores y que tienen interés en hacer creer á los demás algunos sobradamente despiertos. ¡Pobres criaturas! Desechad, ya que aun es tiempo para vosotros que empezáis á vivir, estas quimeras absurdas y buscad en el trabajo y en la honradez la satisfacción íntima, la tranquilidad de espíritu, la paz doméstica que mal se avienen con el desasosiego, los groseros apetitos y las constantes luchas que traen consigo esas doctrinas tan imposibles como demoledoras.

¿Se propuso Hartmann presentar esta premisa del problema social, dejando que cada cual completara el pensamiento y resolviera la cuestión según su propio criterio? ¿Fué su intento simplemente pintar una escena callejera sin ulteriores consecuencias? Sea lo que fuere, es lo cierto que ha pintado un cuadro muy notable y así lo han reconocido cuantos han visitado la Exposición de la capital bávara.

«¡EIA POPAIA!» cuadro de Geza Peske

Constituídos en guardadores de su hermanito durante la ausencia de su madre, esos dos pequeños húngaros entonan la *¡Eia Popaia!* monótona canción popular con que en las provincias transleithanas se hace dormir á los niños, y al compás de sus cantos mecen la pobre cuna en que aquél descansa. Fieles á la misión que les está confiada vencen, no sin grandes esfuerzos, el vivo deseo que sienten de retozar por los vecinos prados, ó de bañarse en el cercano arroyo ó de reunirse con sus compañeros de la próxima aldea. El aburrimiento que empieza á pintarse en sus semblantes claramente indica que cualquiera de estas distracciones les sería más grata que la poco interesante ocupación de velar y mantener el sueño del chiquitín; mas no haya miedo que sucumban á la tentación: el sentimiento del deber y quizás también el amor que profesan al Benjamín de la casa son más poderosos que su comezón por divertirse y resignados esperan el regreso de la madre que les relevará del cargo de guardianes y que de seguro traerá algo con que recompensar su solicitud y cariño fraternales.

El asunto del cuadro es bello, la ejecución magistral. Difícilmente se presentará un conjunto más expresivo con tan pocos elementos. Toda la obra se reduce á tres figuras, pero ¡qué figuras! No puede darse sueño más tranquilo ni actitud más reposada que la del hermoso niño que se quedó dormido con la dulce papilla entre los labios; no cabe mayor naturalidad que la del precioso grupo de los dos hermanos mayores. La ilusión es tan completa, que á poco que esforcemos la imaginación nos parecerá oir el tic tac de la cuna y las plañideras notas de la salmodia húngara.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

EN LA AGENCIA DE EMIGRACION
cuadro de Fernando Brutt

La escena es de actualidad en todas las naciones; la historia es la de siempre, uno de tantos episodios de la triste lucha por la existencia.

Sin más fortuna que su laboriosidad, sin más recursos que sus brazos acostumbrados á rudas faenas, sin más consuelo que su anciana madre, criado en la estrechez y en las privaciones en medio de una sociedad que goza de todos los placeres de la vida y á la cual envidia más que odia, soportó con paciencia sus desdichas mientras pudo encontrar quien á cambio de sus servicios le diera con que poder llevar todos los días un pedazo de pan á su pobre hogar. Pero vino un momento en que la crisis económica diezmó los talleres y el infeliz obrero se vió despedido del suyo; buscó en vano ocupación como tantos otros compañeros de infortunio, llamó inútilmente á cuantas puertas podían ofrecerle una esperanza de salvación hasta que desalentado, viendo desfilar ante sus ojos todos los horrores de la miseria, sobrado valeroso para buscar en el suicidio un reposo que la vida le negaba y demasiado noble para arrebatar á la sociedad por medio del crimen lo que la sociedad no le daba por su trabajo, decidió emigrar á lejanas tierras en donde el hombre puede todavía ganar el pan con el sudor de su rostro y ocultándose de su madre se encaminó á una de esas agencias de emigración en las cuales, aun después de abolida la trata de negros, se hace en grande escala la trata de blancos.

Duras son las condiciones que allí le presentan, terrible es el sacrificio que de su libertad le obligan á hacer. El desdichado vacila; su pobre madre que le ha seguido desde que salió de su casa, temerosa de que realizara los siniestros designios que su semblante parecía denunciar, le sorprende en el momento en que se resolvía á firmar el compromiso que le convertirá en esclavo. Una lucha terrible se entabla entre la buena mujer que quiere á toda costa conservar á su hijo á su lado y el mefistofélico agente que por la cuenta que le trae traza por milésima vez ante la vista de un desdichado un cuadro lleno de encantadoras promesas, hablando de montones de oro al que no tiene de qué comer y ofreciendo un porvenir brillante al que siempre ha tenido que abrirse paso entre horrores y tinieblas.

¡Pobre madre! La serpiente ha vencido; dentro de un instante tu hijo no te pertenecerá; mañana, tal vez, se desprenderá de tus amorosos brazos é irá á buscar en remotos países no la riqueza que aplaque su ambición sino el trabajo que satisfaga sus más imperiosas necesidades, pues la emigración no está hoy fomentada como antiguamente por la sed del oro sino por el hambre de un mezquino jornal que tantos desgraciados no pueden encontrar en su pâtria.

La obra de Fernando Brutt es acabadísima; los personajes que en ella intervienen reflejan de un modo maravilloso en sus semblantes y en sus actitudes los distintos sentimientos que les animan; el dolor y el cariño de la madre, la sombría desesperación del hijo y la satánica satisfacción del agente que harto bien comprende que en definitiva la victoria será suya, están magistralmente expresadas. Con razón se considera en Alemania al autor de este cuadro como uno de los pintores de género que mejor han sabido trasladar al lienzo las escenas de la vida social moderna.

CONCHA

(Conclusión)

V

Margarita y Concha acaban de hacer los últimos preparativos para su partida.

Ambas se miran, tristemente sentadas junto á la mesa; aquella misma mesa en torno de la cual se juntaba un tiempo la familia dichosa.

– ¿No tenéis apetito, madre? Poca cosa hay para nuestra cena; pero tampoco es cuestión de acostarnos sin tomar alimento alguno. ¿Queréis comer conmigo el pan que nos queda?

– ¡Mi pobre Concha! nunca comimos pan solo mientras vivió tu padre.

De pronto se oye un discreto golpe dado en la puerta.

– Abre, Concha. Será algún amigo que viene á despedirse.

La joven obedece con lentitud. Pero tan pronto como abre la puerta, retrocede con agradable sorpresa.

– ¡Miguel! exclama juntando las manos.

– Sí, Miguel, y algo más á cuestas, replica el joven entrando en la cabaña. Y añade, dirigiéndose á Margarita:

– ¿Queréis hacerme el favor de aceptar nuestra pesca de hoy? Mi padre y yo hemos hecho todo lo posible para que fuese abundante. Dios nos ha favorecido, y con lo que traemos habrá bastante para sacar vuestros gastos de viaje... puesto que os empeñáis en marcharos!...

Los ojos del pobre pescador erraban tristemente de la madre á la hija y hacia los preparativos que anunciaban su irrevocable resolución.

Margarita y Concha le miraban con asombro. Por fin ésta exclamó:

– ¿Es posible, Miguel, que tu madre haya consentido en que trabajaseis todo un día por nosotras?

– Pero ¿qué quieres que hagamos de todo eso? preguntó Margarita, que aun dudaba si debía aceptarlo.

—Haréis mañana lo que hacíais en vida del Corcho, que en gloria esté. Iréis á Soller á vender el pescado, y con el producto de la venta cubriréis algunas de vuestras necesidades.

– ¿Qué dices á eso, Concha?

– Que debemos aceptarlo y hacer lo que dice Miguel. Durante todo el día de mañana me haré la ilusión de que aun no nos hemos separado para siempre...

– Gracias, dijo Miguel tendiéndole la mano; veo que todavía me quieres.

Permanecieron ambos jóvenes mirándose en silencio durante algunos minutos, como si esperaran que algún acontecimiento viniese á anunciarles que quedaban unidos para toda la vida.

Pero la voz de la viuda, por el contrario, apresuró la separación.

– Vamos, hijos míos, hay que alejarse el uno del otro y no pensar más en vuestros amores.

Esto diciendo, los separó con tristeza, y añadió con sentida expresión:

– Miguel, da muchas gracias á tus padres de nuestra parte; diles que nunca olvidaremos el favor que hoy nos hacen. También te las damos á tí de todo corazón; pero es preciso que tú y Concha no os volváis á ver. No vayas mañana á Soller mientras estemos nosotras.

– ¡Oh! vuestra prohibición es muy cruel.

– Tu madre pensaría que tu ida era cosa combinada con nosotras.

– No iré.

– Despídete definitivamente de Concha.

– ¡Oh! el valor me falta. ¡Adiós! – Y sin echar siquiera otra mirada hacia atrás, salió con acelerado paso de la cabaña, cuya puerta cerró Concha lentamente.

Al encontrarse otra vez solas, madre é hija se echaron la una en brazos de la otra.

– Siento que Miguel haya traído esto, dijo Margarita.

– Y ¿por qué, madre?

– Porque ya nunca le podrás olvidar.

– Sin esto, lo mismo hubiera sido. No se arranca tan fácilmente del corazón de una mujer el único amor que en él ha echado raíces.

Margarita se acercó al cesto que Miguel había dejado. Una exclamación de alegría se escapó de sus labios.

– ¡Oh! ¡qué hermosa pesca! Mira, Concha.

– Una verdadera pesca milagrosa.

A pesar de su dolor profundo, la joven no pudo menos de compartir el entusiasmo de su madre.

– Pongamos todo en orden ahora y podremos partir al amanecer. Mañana es día festivo y mucha gente hace su compra al salir de la primera misa. La venta puede ser muy beneficiosa...

– Compraremos muchas cosas que necesitamos.

– De pronto un buen mantón para vos.

– Y un jubón para tí, porque el que llevas ya no sirve.

Así hablando, madre é hija pusieron en una cesta el pescado de más valor y de más peso, con el cual tenía que cargar Concha. En otra cesta, que había de llevar Margarita, apartaron la morralla más ligera.

Después vinieron los mariscos: dátiles, almejas y ostras.

– Estas almejas pesan mucho, y por lo que valen, no cargaría con ellas, dijo la madre.

– Podemos apartarlas para nuestra cena, que al fin algo hemos de comer.

Quince minutos después todo el marisco era servido á la mesa, después de haber dado cuatro hervores en un puchero.

Concha abría con presteza los moluscos y comía concienzudamente la mitad, cediendo la otra parte á su buena madre.

De pronto exclamó con sorpresa:

– ¿Qué es esto que me encuentro en la boca? Es duro y redondo. Ved, madre.

Margarita tomó el objeto blanquecino, pequeño y redondo que le presentaba su hija y lo examinó por complacencia.

– ¡Calla! si es una perla. No la tires; la enseñaremos mañana al platero, y quién sabe si dará algo por ella.

Concha la envolvió en un papel, la ató en la punta de un pañuelo y se la metió en la faltriquera, sin darle importancia alguna.

Las dos mujeres se acostaron luego.

Concha asistió en ensueños á la celebración de su boda con Miguel, que había vuelto triunfante de una nueva pesca milagrosa, y la buena Margarita soñó en el estreno de un magnífico pañolón de lana.

VI

Al despertar al día siguiente, madre é hija cargaron con las cestas y echaron á andar á paso ligero camino de Soller. Aun no llevaban un cuarto de hora de marcha, cuando un carretero de la huerta les obligó á que se acomodaran con las cestas en su vehículo y las distrajo el resto del camino con su conversación llena de graciosas ocurrencias.

Llegaron á la plaza al primer toque de Maitines.

El carretero, al despedirse de las pescadoras, tuvo que aceptar un puñado de boliche y las dos mujeres tomaron posesión de su puesto de venta.

Margarita se quedó guardando el pescado, junto al cual no tardó en dormirse acurrucada en el suelo.

Concha oyó, mientras tanto, la primera misa, y sustituyó luego á su madre, que fué á oir la segunda.

Empezó á afluir gente á la pescadería, y como no había quién hiciera competencia á Concha, no tardó ésta en vender á buen precio su provisión.

Cuando Margarita salió de la segunda misa, su hija estaba contando el dinero sobre su grueso delantal tendido sobre uno de los cestos vuelto boca abajo.

– ¿Cuánto has hecho?

– Nueve duros, tres pesetas y un real.

– No esperaba yo tanto. ¿Y lo de ese papel?

– ¡Ah! es mi perla de anoche. Ya no me acordaba. Si nos diesen por ella un par de pesetas... No perdamos tiempo, madre, porque si nos descuidamos, el sol va á freirnos en el camino.

– ¿Qué hacemos por de pronto?

– A comprar vuestro mantón.

– ¿Y tu jubón?

– También.

– ¿Dejamos aquí los cestos?

– Sí: volveremos por ellos cuando hayamos hecho nuestras compras.

Hechas éstas, madre é hija se acercaron á la mesa de un platero, que paraba tienda los días festivos en la plaza.

Deslumbrada por el brillante aspecto del mostrador, Margarita retrocedió un paso instintivamente, y tirando de su hija por la falda, le dijo al oído:

– Vámonos, que se van á reir de nosotras con nuestra miserable perla.

Pero Concha, menos tímida que su madre, se encaró con el platero, que la observaba hacía un rato.

– Señorito, le dijo con una fresca sonrisa en los labios y dos no menos frescas rosas en las mejillas; anoche, comiendo un marisco, me encontré una especie de perla, y como me han dicho que puede ser que valga algo, vengo á ver si me la quiere V. comprar.

– A ver tu perla, dijo el platero mirando á la muchacha en el blanco de los ojos.

Concha sacó su pequeño envoltorio, desdobló el papel y presentó la perla al joyero.

Este, como hombre inteligente y práctico en su oficio, cogió la perla, tanteó su peso, se la miró con fijeza y dijo:

– Como tenga el valor de tus lindos ojos, mucho ha de valer, morenita.

Concha, que no estaba allí precisamente para recibir piropos, y que en aquel momento había sentido agolparse á su imaginación un cúmulo de quiméricos pensamientos, girando como un inmenso cono apoyado por su vértice sobre la perla, se ruborizó un poco y guardó silencio, presa de una ansiedad que aumentaba por instantes.

El platero, que se formalizó al ver la turbación de la pescadora y al apercibirse de que realmente valía algo el objeto que tenía en la mano, sacó un lente y procedió en silencio á un nuevo examen más minucioso. De pronto se dirigió á un mozo que estaba ocupado en desenvolver estuches, y le dijo con viveza:

– Anda, corre á decir á don Nicolás que me haga el obsequio de venir en seguida.

Margarita y Concha miraban y oían lo que pasaba con cierta sorpresa y no sin visos de impaciencia, que notó el joyero.

– Si os hago esperar, dijo éste, es porque así os conviene. La perla necesita ser examinada con muchísima atención por dos personas á lo menos. Puedo equivocarme, á pesar de mi práctica en la materia; por esto he mandado recado á un hombre muy competente para que venga á decirme su parecer. Tened la bondad de esperaros un momento.

Las dos mujeres se apartaron á un lado del escaparate, cediendo el puesto á otras personas que parecían querer examinar las joyas expuestas.

El señor Nicolás no tardó en acudir á la consulta de su colega, quien le cogió aparte y le dijo enseñándole la perla:

– ¿Qué os parece esto?

El tío Nicolás, que era un vejete muy ladino, se afianzó las gafas, y después de haber examinado con atención el objeto que se trataba de justipreciar, preguntó á su joven amigo:

– ¿Cuánto te piden por ella?

– Nada todavía, puesto que vienen á que le ponga precio.

– ¡Ah! hay un buen negocio que hacer, camarada.

– Ya lo creo, sobre todo para esas dos pobres mujeres.

Y esto diciendo, señalaba á las pescadoras, que se habían colocado á una prudente distancia. En fin, tío Nicolás, ¿qué os parece que vale esta perla?

– Pero tú no sospechas siquiera el valor que tiene!...

– Precisamente porque me lo figuro he querido consultaros.

– Puedes adquirirla por una miseria.

– Pero soy honrado y quiero pagar su valor.

– ¡Diablos! pensó el viejo. ¿Hase visto tonto?... ¡Qué lástima que no hayan venido á mí con esta perla!

Y la puso en manos del platero haciendo una mueca de profundo pesar y diciendo al mismo tiempo que se rascaba la oreja:

– Es la más hermosa que he visto en mi vida, y vale mil duros como un ochavo.

Al oir estas palabras, Concha y Margarita saltaron de alborozo.

– ¿Has oído? dijo la madre en voz baja.

Concha hizo una señal afirmativa con la cabeza. No se atrevía á hablar.

– Gracias, tío Nicolás, dijo el platero. Me atengo á vuestra apreciación y daré mil duros por la perla.

– ¡Mil duros á nosotras! exclamó Concha, que empezaba á salir de su estupor.

– Sí, hermosa, á vosotras; pero no me es posible entregaros en el acto tan crecida cantidad; os firmaré una letra por valor de cinco mil pesetas, que podréis cobrar pasado mañana en la sucursal del Banco.

Ya no había duda. Era real y positivo aquel golpe de la fortuna propicia, que convertía á las dos miserables mujeres en ricas pescadoras, capaces de comprar una barca nueva, mucho mejor que la de Angelote.

Concha recibió de manos del platero un pagaré en regla, en cambio de la perla vendida.

Provistas de aquel precioso documento, que las aseguraba el cobro de mil duros para dos días después, las dos pescadoras fueron á recoger sus cestos y tomaron alegremente el camino del Puerto.

VII

A pesar de aquel cambio de fortuna, Margarita iba pensativa y seria.

– ¿En qué pensáis, madre, que tan preocupada os veo? Ahora que somos ricas, la madre de Miguel no me desdeñará.

– Hija mía; puesta la mano sobre el corazón y escuchando bien la conciencia, ¿crees tú que este dinero es nuestro?

– ¿Pues de quién había de ser? ¿De Miguel?

– Miguel tuvo la intención de regalarnos su pesca, para que sacásemos de ella un producto ordinario; pero no estuvo en su ánimo el darnos una fortuna. Me parece, pues, que el valor de esa perla no nos pertenece y que debemos entregarlo á Miguel ó á su familia.

Concha seguía andando al lado de su madre sin contestar una palabra. Por su mente cruzaban mil ideas que tan pronto la llenaban de alborozo como la sumían en profundo pesar. La imagen de su novio flotaba como una aureola sobre aquel cúmulo de encontrados pensamientos, pero á la vuelta de cada ilusión, rápidamente acariciada, recaía en los abismos de la duda.

Al llegar al Puerto, dijo á su madre:

– Después de reflexionarlo bien, tenéis razón: esta fortuna no nos pertenece. Creí un instante que aun había dicha posible para nosotras; me engañaba el deseo. Si os parece bien, iré á entregar á Miguel el recibo del joyero, puesto que á él le toca cobrar esa cantidad.

– Estaba segurísima de la honradez de tu corazón, hija mía.

Concha se dirigió sin vacilar á casa de Angelote.

La familia del honrado pescador estaba reunida para el almuerzo.

Miguel se sintió sobrecogido de alegría al ver entrar á la muchacha.

– ¡Hola! exclamó Angelote. Precisamente estábamos ahora diciendo que tu madre y tú debíais hacer los últimos preparativos para vuestro viaje.

– Hace tiempo que debimos haber partido.

– ¡Vamos, vamos! deja esa tristeza y dinos qué te trae aquí.

– Ya sabéis que ayer vino Miguel y nos entregó vuestra pesca y la suya.

– Sí, ya sé, y ¿qué más?

– Pues hay, además, que en una de las conchas que comimos, encontramos una perla.

– ¿Y qué mal hay en ello, hija mía? Esto pasa con frecuencia.

– Sí, pero esa perla, que hemos enseñado al joyero de Soller, tiene un valor que no tienen las que ordinariamente se encuentran; por esto mi madre y yo hemos pensado que no debíamos quedarnos con su valor, puesto que quien pescó los mariscos fuisteis vosotros; y he venido á entregaros el recibo del joyero.

Al terminar estas palabras, dichas sin pausa alguna, Concha sacó de su faltriquera un talón de cuenta corriente firmado por el platero, y se lo entregó á Angelote.

– ¿Qué demonios estáis diciendo y qué significa todo eso? repuso el rudo pescador.

– Presentando este papel, añadió Concha, os entregarán mil duros.

Estas palabras produjeron un efecto asombroso.

Los ojos de Miguel resplandecieron de alegría.

La mujer de Angelote se precipitó sobre su marido y exclamó, arrancándole el precioso documento:

– ¡A ver, á ver! ¡Vaya una ventura que nos llega de improviso! ¡Qué hermosa barca y qué redes vamos á poder comprar! Bien mirado, tu madre y tú sois dos mujeres honradas.

En aquel momento entró Margarita, seguida de Juan Arbós.

– ¡Hola, vecinos! exclamó éste. ¿Qué es eso que me acaban de contar? Por ahí se dice que os ha venido una riqueza más grande que no sé qué, y que no sería extraño que yo no llegara á instalar á mi hijo en casa del Corcho, que en gloria esté.

– ¿Quién ha dicho eso? preguntó Rosa.

– Todo el mundo. Y también se sabe que si os veis ricos de la noche á la mañana, debéis dar gracias á Dios, á Margarita y á Concha.

– Esta fortuna les pertenece más á ellas que á nosotros, repuso Angelote levantándose. Y añadió, dirigiéndose á la viuda del Corcho: Margarita, no aceptamos vuestro sacrificio; y estoy seguro de que mi buen amigo, tu difunto esposo, hubiera hecho lo mismo en mi lugar.

– Todo eso son cuentos, objetó Rosa. Margarita y su hija han comprendido perfectamente de parte de quién estaba la justicia, puesto que nos han traído el dinero.

En esto Miguel y Concha se habían juntado cerca de la puerta y hablaban en voz baja.

– ¿Sabéis lo que yo haría en vuestro lugar? preguntó con decisión el bueno de Arbós.

– ¿Qué harías? dijo Angelote.

– Miradme ese par de tortolitos. ¿No os dice eso lo que debéis hacer?

Margarita y Angelote aprobaban en el fondo de su alma la solución propuesta por su vecino; mas no se atrevían á manifestarlo abiertamente, temerosos de provocar una explosión de cólera en la irascible Rosa, que parecía muy contrariada.

Estaba escrito que el bueno de Arbós había de allanar los grandes obstáculos que se oponían á la felicidad de los antiguos novios.

—Vamos, Rosa, dijo después de una breve pausa; me parece que ya sois la única que no ve claro en todo esto. Casadme en seguida á esos muchachos; hoy tienen de sobra para vivir tranquilos. Y no digáis que me meto en cosas que no me importan. El Corcho era mi mejor amigo, y como que oiga aquí, en el pecho, su voz que me dice: ¡Bravo, Juan! tú eres un hombre como Dios manda... Gracias por el bien que demuestras querer á mi pobre Margarita y á mi inocente Concha...

La emoción le ahogó la palabra, y se pasó rápidamente la mano por los ojos, como avergonzado de que viesen saltar de ellos una lágrima.

El dolor sincero es muy comunicativo. De pronto la emoción se dibujó en todos los semblantes.

– ¡Pues no estoy á punto de haceros llorar! ¡Ea! Dios os envía la fortuna para que al fin sean felices los que hasta ahora han sufrido...

– ¡Madre! exclamó Miguel en actitud suplicante.

Rosa no estaba aun muy dispuesta á ceder; pero al ver clavados en ella los ojos de todos los demás, que expresaban tanta reconvención como súplica, no se atrevió á seguir luchando sola contra todo el mundo, y exclamó:

– Concha, ven á mis brazos!

La alegría hizo explosión en todos los humildes personajes de aquella escena íntima. Concha se echó en brazos de la que había sido hasta entonces su enemiga irreconciliable. Miguel abrazó á la vieja Margarita, que lloraba por encontrados sentimientos de alborozo y de tristeza, pues la dicha de aquel feliz enlace no le hacía olvidar á su difunto esposo. Angelote dió un fuerte apretón de manos á su generoso vecino, que tan buen sesgo había sabido dar á las cosas con su oportuna intervención.

Tres meses después, la barca más hermosa que jamás hubiese surcado las aguas de Soller, se balanceaba airosamente en las olas, frente á la casita en que moraban Margarita, Concha y Miguel.

Sobre un fondo negro, bordado de varillas doradas, se leía en la popa y en grandes letras blancas, este nombre lleno de recuerdos:

CONCHA

JUAN B. ENSEÑAT

LA DOBLE VISTA

(Fantasía)

Enrique era feliz.

Casado con Gertrudis, y embellecida su unión por tres hermosos vástagos, uno de los cuales había ya cumplido diez y nueve años, y estudiaba con cierto aprovechamiento la carrera de ingeniero, dentro de su hogar, no le faltaba nada para la felicidad.

Gertrudis era complaciente, buena, cariñosa; sus hijos un encanto; su hijo mayor, Alfredo, aplicado y pundonoroso, aunque algo gastador. Pero, como decía D. Enrique, que era muy dado á lo extranjero, *il faut que jeunesse se passe;* y como si en su interior hubiera querido Dios derramar la dicha en absoluto, le había conservado su madre, anciana octogenaria, que vivía dedicada á sus oraciones.

En la vida social, D. Enrique era enteramente dichoso. Hombre de negocios, respetadísimo en la plaza, su firma se cotizaba más alta que los billetes del Tesoro. Los amigos le estimaban de veras. Tenía un socio, D. Vicente, en quien había logrado un verdadero amigo en toda la extensión de la palabra.

No se podía ser más feliz que D. Enrique.

* * *

Pero como la felicidad no consiste en la posesión del bien, sino en la esperanza de obtenerlo, D. Enrique se dió á pensar y á desear el más grande dislate que ha cabido en humana inteligencia.

Deseó ardientemente leer el pensamiento de las personas con quienes hablase.

Y el milagro, porque tal fué, se realizó, y el día que D. Enrique se vió dueño de aquella doble vista, se consideró el *ser* más dichoso de la tierra.

Llamó á su hijo Alfredo á su despacho, y deseando, en el colmo de su felicidad, que los suyos fueran muy dichosos, determinó doblar su pensión; pero antes y para descubrir el corazón de su hijo, le dirigió este discurso:

– Hijo, si bien es cierto que estudias, que estás llamado á hacer una fortuna, es necesario que moderes tus gastos; los negocios no marchan como yo quisiera, y es necesario hacer economías...

– Padre, – respondió Alfredo, – yo...

– No sigas, vete, – le interrumpió furiosamente D. Enrique.

Salió Alfredo, y su padre, con la cabeza entre las manos, derramaba lágrimas de fuego.

Había leído el pensamiento de su hijo, que allá en los últimos senos de su conciencia decía en cuanto él acabó de hablar:

– Mi padre es bueno, pero es un avaro: algún día podré disponer de su fortuna, y, cuando él se muera, gozaré á mis anchas.

D. Enrique se horrorizó, y, con el corazón hecho pedazos, buscó á Gertrudis para encontrar consuelo.

– Soy muy desgraciado, – la dijo; – nuestro Alfredo, que yo creía un modelo de honradez, piensa en la muerte de su padre para disipar nuestra fortuna; no es sincero contigo ni conmigo, y cuando en el amor queda algo en el alma de uno de los que se aman, que no conoce el otro, el amor no es completo.

– Enrique, – respondió su mujer, – te atormentas por fantasmas; la vida de los negocios, siendo muy bueno, te ha materializado con exceso y...

– Déjame, Gertrudis; quítate de mi vista; me horrorizas, – respondió D. Enrique, saliendo apresuradamente del cuarto de su esposa.

Había visto su alma: Gertrudis se lamentaba de veinte años de impasibilidad y de haber pasado la juventud con honradez pero sin emociones, y aun se arrepentía de no haberse casado con cierto capitán de artillería, guapo y mala cabeza, con quien hubiera sido menos rica, pero más feliz.

Enrique, en su despacho, maldecía aquella doble vista que había deseado, y reflexionaba amargamente.

– ¿Es posible, – decía, – que ese amor infinito y sublime, y esa absoluta confianza de un espíritu en otro, sea tan sólo una quimera? Mi mujer y mi hijo, que me han dado indudables pruebas de afecto y de cariño, ¿han sido *sólo* buenos por *deber*? A pesar de serlo, la bondad humana es tan pobre cosa, que aun los mejores no pueden ser sinceros con aquellos que más aman, sin que les ofendan y les hieran. ¡Qué es la humanidad entonces, Dios eterno! Esa pelota de carne que se llama corazón ¿es una inmunda entraña, podrida en vida, ó hay en sus latidos algo de divino...?

Le interrumpió en sus reflexiones su amigo y socio D. Vicente, el corazón cariñoso que merecía su confianza absoluta, y que durante veinte años venía siendo el depositario de sus secretos.

– Oye, Vicente: soy muy desgraciado; mis afecciones de toda mi vida, los cariños á que he dedicado toda mi existencia, no tenían la sinceridad que yo les suponía; me voy á retirar de mis negocios, y tú solo liquidarás mi casa y seguirás los que hay pendientes: no puedo decirte y explicarte todo lo que sufro; lo que me sucede es espantoso. – Y al decir esto, D. Enrique miraba á Vicente con furor y espanto; y era que había leído en su pensamiento, y que el amigo íntimo decía para sus adentros: «Gracias á Dios que me quedo solo con la casa; afortunadamente, todas las cuentas corrientes de América é Inglaterra están sólo á mi nombre; recobraré mi personalidad, y dejaré de estar supeditado á este imbécil, que hace veinte años es la primera persona de la casa.»

D. Enrique cayó desplomado en un sillón y Vicente salió presuroso y, *al parecer*, acongojado á avisar á la familia.

Tres días estuvo el banquero entre la vida y la muerte, atendido y cuidado por Gertrudis, Alfredo y Vicente, que no eran malos, aunque eran humanidad y por ende no eran perfectos.

Al cuarto, sin haber apenas desplegado sus labios, Enrique, que había reflexionado mucho, determinó morir.

Cuando un hombre tiene la dicha de leer el pensamiento ajeno, lo lógico es morir.

Firme en su propósito, determinó ponerlo en práctica, y, sin ver á nadie, pensó subir á su biblioteca, donde recordaba que tenía un revolver de *Eibar*, con incrustaciones de oro, regalo de su amigo Vicente.

Al salir de su cuarto entraba en él su madre, marchando trabajosamente apoyada en el hombro de una criada.

– ¿Estás mejor, hijo mío?...

– Madre, soy muy desgraciado; todo lo que creía es mentira; el trabajo sentimental de toda mi vida ha sido inútil; la humanidad es mala, todo es falso... – Y al decir esta frase abrazaba y besaba á su pobre madre que lloraba con él.

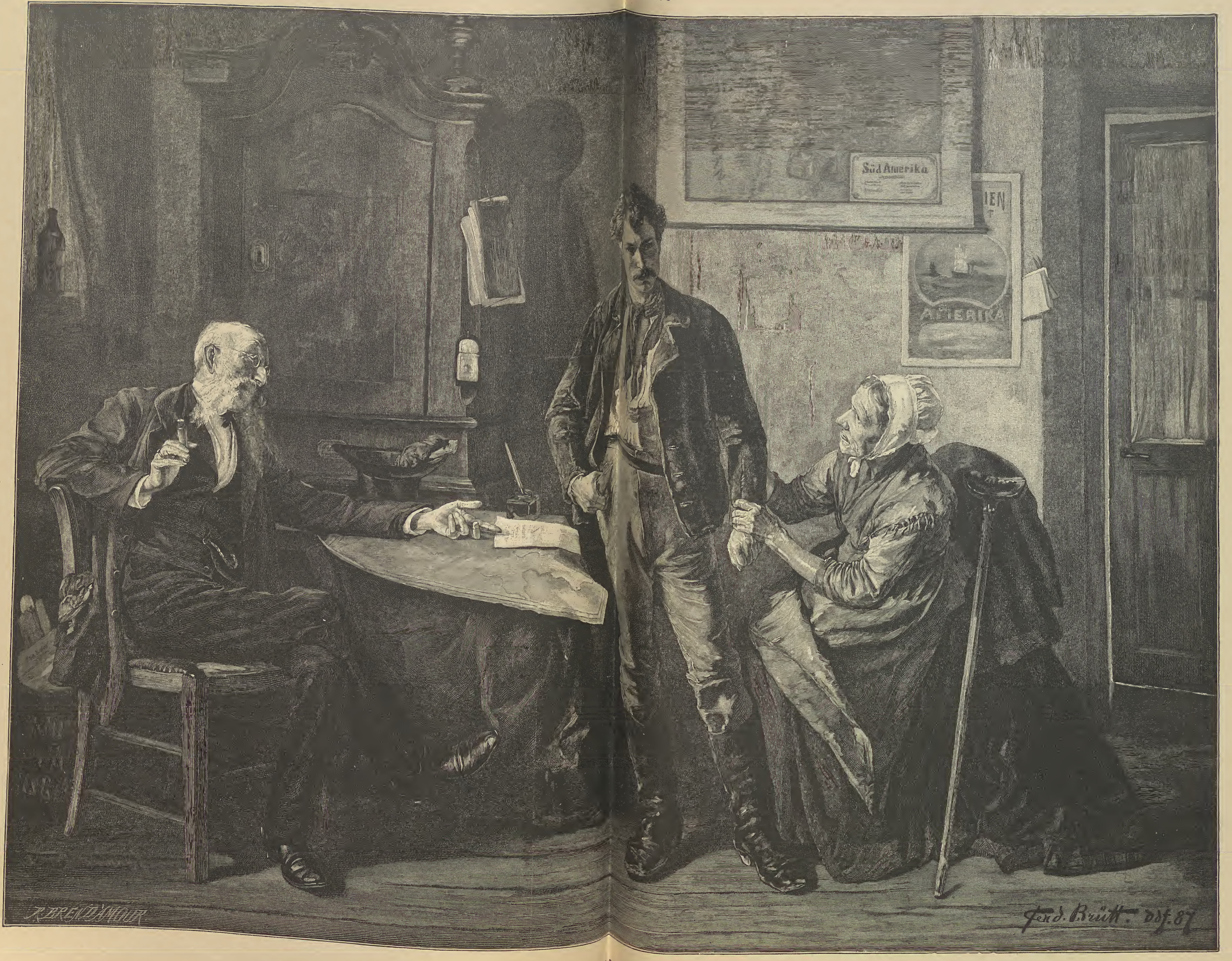
Leyó en su pensamiento, y he aquí lo que vió:

– ¿Por qué seré tan vieja que me quede tan poco tiempo de sacrificarme por mi hijo?

JUAN VALERO DE TORNOS



EL MINUÉ, cuadro de Luis Jiménez

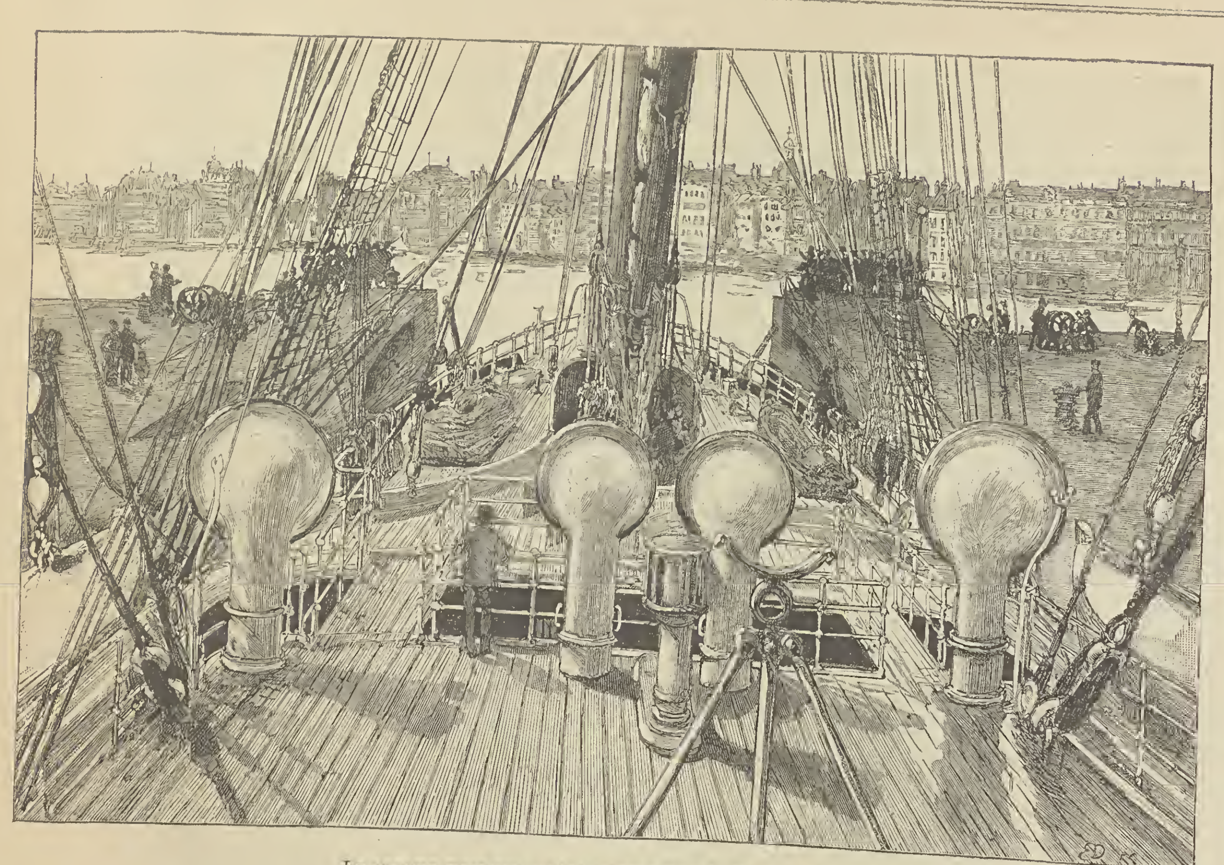


EN LA AGENCIA DE EMIGRACIÓN, CUADRO DE FERNANDO BRUTT



LOS FUMADORES, cuadro de C. Hartmann
(Primera Exposición anual de obras de arte de todas las naciones, Munich, 1889)

«EIA POPAIA»—cuadro de Geza Peske.
(Primera Exposición anual de obras de arte de todas las naciones, Munich, 1889)


La enorme masa avanza lentamente y se desliza hacia el mar

DE PARÍS Á NUEVA-YORK

I

Nada hay tan triste como ver uno partir á sus amigos; nada más alegre que partir uno mismo. Es un sentimiento que se revela en mí á vista de lejanos horizontes y aun viendo partir un tren de los afueras ó de la ronda. Esa necesidad que los hombres sienten de cambiar de sitio, unos por aquí, otros por allá, me afecta en cualidad de espectador, á la vez que me hace desear seguirlos, no importa á dónde, para ver.

Porque si yo mismo formo parte de la multitud que se va, siento una alegría sin mezcla, la felicidad del cambio, y miro con piedad á los infelices enclavados á orillas del camino, esas pobres gentes que se ven en el cuadro de las ventanillas tendiendo hacia el tren en marcha ojos tristes é indolentes.

Así bien comprenderéis qué alegría fué para mí cuando una mañana recibí un telegrama de mi amigo Renouard, el hábil dibujante, avisándome que partiríamos aquella misma noche para el Havre, en el tren transatlántico, y de allí á Nueva-York, á bordo del paquebot *Bretaña*.

Sentí un estremecimiento de entusiasmo, tanto más, cuanto que hasta este último momento, mi partida había sido problemática. Bendije pues á mi destino y también á la *Revista ilustrada*, que me procuraba esta ganga, bendije á Renouard, bendije... en una palabra, agoté mi provisión de agua bendita, á la vez que arreglando mi maleta. En aquel momento, Stanley, el valiente explorador, no podía compararse conmigo, que de buena gana hubiera tuteado al mismo Cristóbal Colón.

No hay que decir que llegué á la cita dos horas antes de la señalada. En vano quise matar tiempo leyendo algunos periódicos: cerniéndome sobre las olas, me sentía ya desligado de la política y miraba las mezquinas contiendas del parlamento con la desdeñosa mirada de una gaviota y la profunda indiferencia de un tiburón. Convertido ya en lobo marino, antes hubiera mascado un chicote que interesarme por las cosas de la tierra.

Por fortuna, encontré al fin una ocupación digna de mí. Los emigrantes estaban encerrados en los salones de espera por la parte de la calle de Amsterdam: fuí pues á ver á aquellos desterrados voluntarios.

Al débil resplandor del gas rebajado al azul, aquel rebaño humano de siete ú ochocientas cabezas bullía tímidamente: apenas salía de aquella multitud un murmullo confuso; la mayor parte guardaba un silencio que parecía fiero á los espectadores, y no era acaso sino el resultado de la fatiga. Era un recogimiento físico, que daba á aquellos vivientes, á la media luz de la estancia, un aspecto de fantasmas taciturnos. Por aquí y por allá, un sombrero apuntado, venido sin duda de las Calabrias ó de los Abruzos, un harapo en otro tiempo rojo, un pañuelo de seda, salía de la sombra; á veces relucían también algunas medallas colgadas al cuello, una hebilla de acero y también el siniestro fulgor de un cuchillo, cuyo trágico aspecto era súbitamente desmentido por un fuerte olor á ajo, á cebolla y á salchichería, indicando que aquel seudo puñal llenaba simplemente las funciones de un cuchillo de mesa.

Una verdadera piedad embargaba el corazón enfrente de aquellos parias, en su mayoría italianos, que parecían poner en acción los versos de Virgilio: *dulcia linquimus arva*. Una joven de unos diez y seis años apenas, bella como una Fornarina, de pie junto á la balaustrada, tenía en brazos á un niño de cuatro ó cinco meses que también guardaba silencio. Tan inmóvil, aislada y derecha, parecía servir de modelo para un cuadro de maestro, desempeñando al natural algún drama de pasión y de odio. Tan bella con sus ojos negros, á los cuales la mezquina luz del gas daba reflejos de incendio, había debido huir de la casa paterna, á consecuencia de un amor desgraciado ó culpable, yéndose á buscar allá lejos, en América, un rincón de tierra hospitalaria y un estado civil para su pequeñuelo.



El piloto del Havre

Aquí llegaba yo en mis reflexiones, cuando vino á mí Renouard, en compañía de otro camarada, que llamaré el amigo F., el cual debía acompañarnos hasta el Havre.

Muy luego estábamos los tres instalados en un wagón del tren transatlántico, que al punto de las diez y media, silba, se mueve y hace sonar las planchas giratorias bajo los pesados y largos coches cargados de emigrantes.

Mis compañeros de viaje, después de algunas palabras vagas entre el humo de los cigarros, no tardaron mucho en acomodarse bien y dormirse. En cuanto á mí, mi alma de explorador no se rindió tan fácilmente al sueño y me puse á mirar por la ventanilla del wagón el negro paisaje que huía hacia atrás.

En fin, al salir el sol entramos en el Havre, y luego, desde la estación, fuímos á través de los *docks*, por un *railway* especial, hasta las dársenas. Este *railway* afecta un giro serpeante, que parece torcer los inmensos coches transatlánticos. El tren se muerde la cola y hace gracias de serpiente, lo que evocaba en mi alma de explorador el fantástico recuerdo del ferro-carril de Sceaux que va siempre en círculo.

Y hétenos ya en la estación especial apeándonos frente por frente del estribor del *Transatlántico*, que acaba de recibir su última ración de carbón, mientras una escuadra de marineros acaba de lavarle el cuerpo á fuerza de esponjas.

El poderoso monstruo, inmóvil aún pero estremeciéndose, endereza hacia el cielo sus tubos semejantes á torres, que se empenachan ya de negro humo, sus mástiles como cuernos y sus mangas de ventilación semejantes á tamañas orejas, que la formidable bestia dirige hacia el horizonte, como un caballo inquieto, mientras sus innumerables ojos, abiertos en forma de troneras redondas ú ovaladas, parecen profundos, dulces, muy asombrados y circuídos de oro como los del mochuelo.

Penetramos en el seno de esta ballena con menos dificultad que Jonás, y atentos auxiliares nos guiaron al comedor, donde humeaba el café con leche al lado de tostadas con manteca, mientras por debajo de nosotros se almacenaba á los emigrantes. Después de haberlos contado como carneros, se pusieron vigilantes á la salida para evitar que poseído alguno repentinamente de la locura nostálgica, saltara al muelle y huyera hacia los *dulcia arva*, de que habla Virgilio, hacia el hogar paterno, reanimado de pronto enfrente del duro Océano, que lleva allá, muy cerca, sus enormes y verdosas olas.

No muy rudas, sin embargo, á lo que dicen los marinos: ¡la mar es buena! Lo que no impide que el amigo F. que no ha frecuentado aun más que las canoas de Argenteuil y la vuelta del Marne, palidezca al olor de la brea y de la hulla y se sienta un tanto inquieto con su café con leche. Nosotros lo confortamos con buenas palabras, porque había de acompañarnos á la rada. El capitán, en vista del buen estado del mar, autorizó á los parientes y amigos para seguir á los viajeros durante una ó dos millas. Por fin el amigo F. se tranquilizó un poco; pero tuvo la singular idea de dejar su sombrero, su paraguas y su manta de viaje en el remolcador, que debía llevarlo á tierra y que por el momento se balanceaba á babor del Transatlántico como un gracioso canastillo al brazo de una pesada comadre.


Nos detuvimos en la rada y los parientes y amigos regresan á bordo del remolcador

Nos instalamos en nuestras cámaras; sino que como no habíamos de partir hasta las dos, lo más tarde, visitamos lo que en noble estilo llamaba el amigo F. *nuestra habitación flotante*. De proa á popa y de popa á proa, lo visitamos todo: admiramos las numerosas y enormes mangas de ventilación, que vistas de cerca, así reunidas hacia el centro del barco, tienen el aspecto de un sistema desconocido de órganos monumentales, cuyo espantable organista debe ser la tempestad.

El amigo F. se estremece por nosotros. Por fortuna, contamos con las canoas de salvamento, y elegimos desde luego la que nos pareció mejor para ir á buscar en todo caso una isla desierta, devorándonos mutuamente como se acostumbra en los naufragios. A esta idea se puso pálido el amigo F.

Oyense luego llamadas, y muge de repente el monstruo. Es un bramido de minotauro, que repite el eco oceánico allá lejos en el vientre de la mar. En el cuadrante del piloto se fija la aguja en la palabra *atención*. Se desarrollan cables, se iza la escalera, y en el muelle algunos curiosos, un centenar á lo más, se escalonan para ver pasar el monstruo.

El remolcador toma la delantera, y su agudo silbido responde á la recia voz de la sirena. La señal *adelante* reemplaza en el cuadrante del piloto la palabra *atención*. Y la enorme masa, de que tiran á la derecha el remolcador y á la izquierda los cables de hierro, se agita, se aleja del muelle, se inclina, se balancea, avanza luego lentamente y se desliza entre los dos muelles hacia la mar, cuyas verdes olas ondulan sin espuma bajo un sol de



El concierto á bordo de un Transatlántico

primavera. En el momento en que lanzado el paquebot, va el remolcador á dejarlo para que siga por su propio impulso, se produce un accidente. El cable no se desarrolla bastante pronto y el débil barco viene á dar violentamente de popa contra el costado de babor. Un fotógrafo, que estaba ya encaramado en la toldilla, se agita y tiembla á punto de caerse; pero se agarra y asegura como puede. En el paquebot se corre y se grita un poco, con alguna confusión. Consultado el carpintero, contesta que es insignificante la avería.

Pero aquí del amigo F.: persuadido de que el remolcador tiene la popa quebrantada, no sabe qué va á ser de él, pensando en que si no viene á buscarlo, tiene que ir á la América sin manta, sin paraguas ni sombrero. Su cómica desesperación sube de punto cuando le decimos, que una canoa vendrá por él y que tendrá que bajar por una escala y acaso descolgarse por un cable.

Por fortuna nos detuvimos en la rada. A lo lejos, brilla el Havre al sol en una límpida atmósfera y el pequeño y valiente *steamer* se dirige hacia nosotros y atraca, en fin, al costado del paquebot. Los parientes y amigos se abrazan por última vez, y por una escalera demasiado móvil acaso, á su parecer, el amigo F. recobra á bordo del remolcador, su manta, su paraguas y su sombrero. El débil barco se aleja del grande: el fotógrafo dispone su aparato y saca dos pruebas. Después: *¡All right!* cada cual se va por su lado; el paquebot, cabeceando y corriendo moderadamente toma al fin su andar y su rumbo, mientras se toca al almuerzo y allá lejos, hacia el puerto, el remolcador no más grande que una mosca, prolonga una humareda gigantesca por vanidad y por competir con su enorme compañero.

II

Reflexionando bien, ante mis recuerdos de viaje, reconozco que sería ilusorio y engañoso echármela de Cristóbal Colón y aun de príncipe heredero de Mónaco y pretender dar al mundo el espectáculo de un viajero grandioso, elocuente y sagaz. Sé muy bien que desde la invención del naturalismo en literatura está muy en moda descubrir á Asnieres ó los Cerros Chaumont, y esto durante la longitud de unas trescientas páginas; pero como el espacio es restringido en esta revista, perdería mi trabajo, tratando al por menor, con descripciones en apoyo, la vida especial de ese monstruo errante que se llama un *Transatlántico*.

A la partida, en el Havre, con el alma llena de ambición poética, enfrente de ese Océano, que iba yo á pasar de una zancada, ó sea en once días, pude dejarme mecer por el ingenuo orgullo de un parisiense intransigente, que se cree de buena voluntad heroico en cuanto abandona á Tortoni é imagina circular de otra manera que en los omnibus Batignolles-Clichy-Odeón.

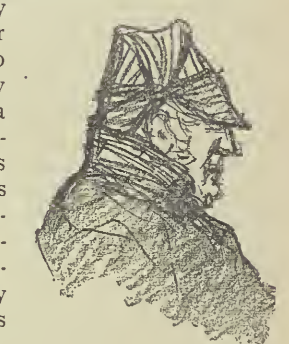
Pero debí muy luego reconocer que los pasajeros, viajantes de comercio, franceses, ingleses ó americanos, trataban á los transatlánticos con la misma desenvoltura que á un fiacre, y que se instalaban en el buque sin elevar su alma á Dios ni tomar al cielo por testigo de un heroísmo que no creían deber permitirse por una travesía tan trivial.

Habiéndome vuelto así á la evidencia, guardaré para mí solo las poesías homéricas que me sentía capaz de componer, reduciéndome á las simples notas que puede recoger de aquí para allá en el paquebot la *Bretaña*, á la ida, y en la *Champaña* á la vuelta, notas tomadas á la ventura, mientras Renouard, egoísta y fiero, acumulaba en su cartera dibujos preciosos como tesoros.

Simples notas. El tiempo es hermoso, la brisa fresca, y se fuma sobre cubierta después de almorzar. Primera hora: el mareo es una preocupación, cuyo verdadero y delicioso antídoto es la espuma del champaña. – Segunda hora (esto se mueve un poco): una dama se inclina y escupe á Neptuno. Creo que no es por desprecio. Cúbrese la cara y desaparece á buen paso por la escalera que conduce á las cámaras. – ¡Hum! la brisa refresca. Bajemos al fumadero. – De paso reconocemos á la dama ya indicada, agarrándose un poco, al sesgo, mientras un mozo que lleva una fuente, da un paso oblicuo y se sirve del codo contra la tablazón para restablecer su equilibrio. – ¡Hum! ¡esto rueda!... ¡esto rueda!...

No insistamos. El silencio y recogimiento de la cámara parecen preferibles al sabor del cigarro fumado en el *smoking-room.* La mar es de aceite á veces, pero muy á menudo, de aceite de ricino, ó sea de higuera infernal.

Esto pasará... ya ha pasado. El tiempo no es mejor; pero se hace uno á él. Renouard y yo somos de bronce, en compañía de una docena de pasajeros de buen temple que no desean más que una cosa: tempestad: «Sí, dicen estos hombres sin entrañas (y que no se marean nunca, por consiguiente), sí, que el barco cabecee, que el viento sople y la ola como el dorso de una ballena venga á estrellarse contra el costado del buque, no es sino una ganga para nosotros que nos comeremos y beberemos la parte de todos los comensales, retenidos en sus camarotes por los calambres y ascos del mareo; mientras ellos arrojan, nosotros nos llenamos; carguemos nosotros, ya que ellos descargan. Así parece que lo dicen estos tremendos egoístas.











Hay entre ellos un comisionista de vinos, un buen mozo, que lleva sobre sus robustos hombros un ilustre apellido con partículas y todo. Este antiguo vividor, hecho representante de una gran casa de Burdeos, hace honor á la mesa y aun á la cocina y vacía su vaso con alegría de pirata. Ha conservado esto de sus valerosos antepasados, y aprendido en su nuevo oficio el dialecto profesional. ¿Es para hacer flaquear los ánimos para lo que refiere en el fumadero sus numerosos viajes, en cuyo tráfico, fuera de las casas de comercio, de las fondas, de las mesas redondas y de algunas casas hospitalarias, no ha estudiado nada sino lo que llama la *miseria cosmopolita?* Ha hecho, en efecto, grandes estudios ontológicos (sección de los insectos) sobre las diferencias, el tamaño, el color, la fuerza y la agilidad de los diversos parásitos que se adhieren á la humanidad con toda clase de mandíbulas, tenazas, chupadores, ganchos, etc. Esto lo ha hecho filósofo internacionalista é igualitario.

¡Negad pues que instruyan los viajes! Y este hombre come y bebe y se ríe bajo el azote de la tempestad, á la que debe considerar como una miseria de colosal especie, pero que nada puede contra su piel curtida por todos los soles y todos los vientos.

En fin, el tiempo vuelve á ser aceptable y todo el mundo reaparece sobre cubierta.

Y se organiza y se agrupa, ofreciendo una apariencia de square y de jardín público. Los niños juegan como sobre arena y las madres bordan murmurando. Los señores, por su parte, se pasean, ostentando sombreros sorprendentes y gorros inverosímiles. ¡Oh! ¡el gorro de Monseñor B., obispo del alto Canadá! ¡gorro de tres puentes, como los navíos de línea! ¡Y tantos y tantos sobretodos enormes y ajados bajo gorros bicornes!...

La cara masculina, vista así entre un saco y una cobija,



Los emigrantes: *el mareo*



Dos hombres encapuchados velan en la proa

toma aspectos graciosos por grotescos: algunos rostros plácidos suelen tomar tonos fieros y hay hombre inteligente que se asemeja á una mona vieja ó á Sardou. Verdad es que las señoras están un poco averiadas. ¡Qué malos efectos produce el mareo! Una señorita, bastante evaporada, que se había embarcado con cierta audacia abriendo los ojos llenos de fuego y haciendo ver una sonrisa halagüeña, se apoya ahora en la borda y mira con expresión melancólica huir el humo del paquebot: lánguida como una romanza, dirige á las nubes tétricas miradas y á las ondas muecas tristes y dulces parecidas á elegías, y á los que intentan hablarle en prosa un tanto ardiente contesta ella en poesía, lánguida también.

Hay también otra dama muy bella, alta, elegante, de cabellos teñidos de alheña y los ojos de color de violeta. Renouard pensaba ya en amarla (¡oh! cómo un sueño). En la mesa habla un dialecto pesado, bajo normando acaso; y para reparar el desastroso efecto de este acento trivial, se da por extranjera. ¿Y por qué no? A bordo de un barco todo puede ser. Por desgracia, ni ruso, ni italiano, ni valaco es este sabor de terruño; suponemos que es de Poissy. ¡Extraña persona! Tiene las maletas llenas de flores contrahechas. ¿Será ella misma una muñeca, una criatura facticia, bella exteriormente, en quien se haya alojado antes de tiempo (es tan joven) el alma de una tendera de artículos de moda? ¡Oh filosofía! Esta mujer hace por sí sola el doble papel del conde de Perrault, la *Bella y el Monstruo*.

Al rededor de ella, semejantes á zánganos en torno de una malvarosa, los señores solos hacen gracias. Hay uno de estos allá que redondea el brazo y la pierna en el banco tomando una actitud de modelo, porque ve á Renouard coger su cartera.

Por desgracia suya, se detiene el incisivo lápiz del realista, porque un fotógrafo aficionado instala sobre cubierta su aparato enfrente de los grupos, entre los cuales se distingue vivaz y juguetón el regimiento de los niños á los enternecidos ojos de las madres.

–¡Vamos! ¡vamos! – exclama el fotógrafo. Y cubierto con su velo negro, mira el conjunto. Y vuelve á gritar: – ¡No hay que moverse! ¡Quietos!...

Pero á un brusco movimiento del barco, hiere una cabeza del grupo, que se disuelve: tal haría una catapulta de tres patas sobre un rebaño de corderos espantados. Se disuelve, pero se reune otra vez para volver á empezar. Son las sanas alegrías de á bordo. Sino que algunos chuscos (los que se lo comen todo) cansados de la gazmoñería de las primeras, se van más bien hacia las segundas, entre las cuales algunas familias de comediantes de la legua, y algunas señoritas, que anduvieron también de legua, se resignan á estar alegres; y de aquí ha salido el concierto... el concierto fatal.

Es preciso hablar inmediatamente de este inevitable concierto, porque á bordo de los Transatlánticos, la organización de este festejo forma parte del barco con el mismo título que la máquina.

¡Ah! señores míos, aquello fué una gran cosa. Un joven, agregado consular, se dignó poner sus facultades al servicio de los artistas y los presentó al público, tomando para el caso las maneras de un director de ópera bufa. No hablaré de otros aficionados que gorjearon algunas romanzas, monólogos y poesías; no, dejaremos en paz el recuerdo de aquellos enojosos momentos. Sólo quiero recordar á un artista vigoroso y á dos del sexo débil, que verdadera y justamente se llevaron los honores de la sesión.

El artista era un hombre *poderoso*, un tremendo tenor que hubo de engordar por la higiene de la voz, un tonante bonachón, cuyo *ut dieze* era muy capaz de cubrir en agudo los graves mugidos de la sirena.

Era además notable por otros conceptos este Arnoldo de Buenos Aires, este Fernando de Chicago. Contaba de muy buena voluntad, historias de bastidores exóticos y terminaba siempre su narración con este rasgo final: «Esto es lo que me ha *matado*.»

Por lo demás, nada se igualaba al chistoso buen humor de aquel tolosano (¿he dicho que era de Tolosa? En todo caso, debía serlo), de aquel redondo epigastrio, de aquel enorme vientre que sostenían con cómico abrumamiento la confesión de haber sido *matados* incalculablemente.

Las proporciones de este Raoul, visto de espaldas, desmentían tan categóricamente esta aserción, que Renouard, desternillándose de risa, no pudo nunca dibujarlo.

El mastodonte tenía una mujer bastante agradable, artista singular, que vino en el traje de Valentina de los *Hugonotes* á cantarnos *Le Temps des Cerises*. ¡Oh qué efecto tan pintoresco! La otra artista era una americana rubia y muy linda por cierto, pero dotada de una voz de carraca sobreaguda imperturbablemente falsa.



El agregado consular nos había advertido que Mlle. X. discípula de Mma. M. cantaba al gusto francés y que sobre todo se hacía notar por la desenvoltura de sus maneras parisienses. ¡Buenas fueron las maneras parisienses! Siempre que quería hacer un primor, descomponía su figura, desmadejaba sus miembros dispersos y nos hacía asistir á un enojoso espectáculo.

Menester era también por otra parte que las ligaduras fueran sólidas para atraer al cuerpo sus descoyuntados brazos y sus hundidas piernas. Pero en fin, el fastidio del secuestro entre cielo y mar, el profundo *spleen* de las horas de prisión flotante, era tal, que solía uno divertirse, y mucho á veces, con muy poco.

La navegación no carece absolutamente de recursos cuando no es uno quien lleva el timón. Aquel voluminoso barco que como una golondrina volaba rozando las olas, me hacía recordar casi con pena las canoas de Argenteuil y los *océanos* de Poissy.

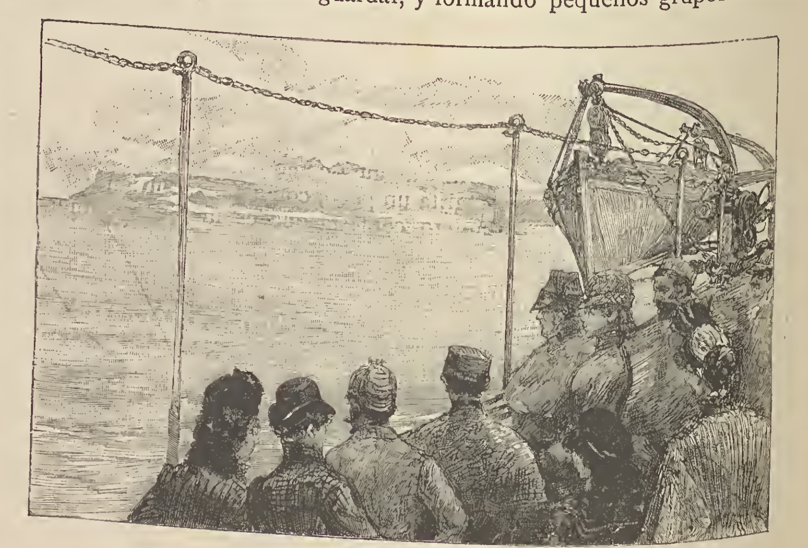


Una tarde se dignó el sol ponerse en medio de un deslumbramiento fantástico, tiñendo el cielo de un color verde pálido por encima de una zona de rojo incandescente y derramando á puñados sobre las olas cequíes de oro, topacios y rubíes. El resto del tiempo fué brumoso bajo un celaje ceniciento y opaco.

Fuímos á visitar á nuestros emigrantes, y digo nuestros, porque verdaderamente nos interesaban los pobres diablos desterrados de la miseria que la vieja Europa agotada é incapaz de mantenerlos, confía á la joven América. Pues bien, salvo raras excepciones, aquellas míseras gentes acostumbradas á la dureza de la suerte, bien que conservando sus graves fisonomías de bestias pasivas, parecían haberse aclimatado ya.

Los primeros días, había divagado el pobre rebaño, habiendo perdido para siempre esa especie de cayado que se llama el campanario de la aldea ó la chimenea de la fábrica. En su extravío y asombro habían intentado muchas veces invadir las localidades reservadas de los señores de primera y de los burgueses de segunda. Parece que estoy viendo aún á los mozos de servicio expulsando á golpes con las blancas servilletas, trasformadas en látigos vengadores, á los negros italianos, que volvían avergonzados á su cueva flotante.

Ahora estaban ordenados reconstituyendo súbitamente su existencia primitiva. En la parte que sobre cubierta les estaba reservada, no formaban corros de conversación, ni á manera de jardines públicos como los elegantes y privilegiados de la primera clase; pero recordaban la larga calle de la aldea, donde se paseaban el domingo y demás fiestas de guardar, y formando pequeños grupos iban de un extremo á otro, dándose al paso los buenos días y volviendo en línea recta, mientras que las mujeres, sentadas como es costumbre sentarse en los pueblos del mediodía, á la puerta de las casas, se prestaban mutuamente el necesario servicio de peinarse, á la vista grave y amorosa de los paseantes. Solamente la joven de los diez y seis años, que ya conocemos, llevando débil madona su pequeñuelo en brazos permanecía obstinadamente sentada aparte, abriendo sus grandes y hermosos ojos tristes hacia un horizonte perdido.



Allá lejos el remolcador prolonga una humareda gigantesca

A veces, cuando verdaderamente era demasiado crudo el cierzo, las pobres gentes se acurrucaban junto al fogón y las chimeneas, aspirando á plenos pulmones el nauseabundo pero cálido aliento de las calderas, semejante al siroco natal.

Pero basta de elegía. Luego volvíamos al *smoking-room*, donde mirábamos á los buenos obispos del Canadá con sus caras de momias, jugar al dominó fumando al mismo tiempo cigarrillos ó puros habanos.

III

Para distraernos, escuchamos con placer ¡oh! con más placer que si hubiera sido en el patio de alguna casa parisiense, la serenata improvisada por emigrantes *pifferari*, acompañando con sus violines, arpas y acordeones las bellas y ardientes voces de muchos calabreses, que ponen luego sus sombreros para hacer una fructuosa cuestación.

El canto al aire libre parece contagioso. He allí precisamente dos enamorados, que se encuadran enlazados en el pabellón de una manga de ventilación, cantando coplas á la luna. La mujer es una americana, alegre como unas pascuas; ella es la que la otra noche, estrechada por un elegante audaz que se excusaba diciendo: – Es una *flirtation*, – contestó con sencillez: – Pues todavía no hemos empezado.

Emilio Goudeau

(Concluirá)

Imp. de Montaner y Simón